—Qué bien razonas... Verdaderamente me sorprendes. No te creía tan avisada.

—Porque no soy una tonta como la mayor parte de las jóvenes casaderas. ¿De qué me hubiera servido tener tantos pretendientes, si con ello no hubiese adquirido cierta experiencia? Un matrimonio es casi siempre un negocio en el que uno da y otro recibe. Lo importante es no dejarse engañar. Condottier quería casarse conmigo porque le gusto y porque soy rica. ¿Qué me ofrecía él en cambio? Su título de Marqués, y las hipotecas que gravan su patrimonio. Lo rechacé á pesar de que es seductor y de que está muy bien emparentado. Pero habría salido perdiendo, y por esto no acepté, no lo aceptaría nunca.

—Con el barón de Rocher...

—Con el barón de Rocher es muy distinto. Éste, por lo menos, da materialmente tanto como recibe. El barón es un hombre galante y parece bueno. Si pide mi mano es porque gusta de mí. Creo que llegaré á conseguir que me quiera. Con frecuencia he oído decir que los matrimonios que se fundan sobre grandes pasiones engendran malos hogares. Tal vez si alguien hubiese sabido inspirarme una pasión me hubiera apartado de mis prudentes principios, pero confieso que no tengo que hacer el menor esfuerzo, pues mi corazón no se ha turbado nunca. Me dirigiré, pues, con confianza hacia el porvenir que se prepara para mí...

—Entonces, ¿puedo decirle á tu padre que acoges favorablemente las pretensiones del barón de Rocher?

—Sí, mamá, y puedes decirle también que no tengo ninguna objeción que hacer al candidato que hoy se me ofrece, pues está en todo conforme con el programa que me he trazado. Por lo demás, el señor Folentin me hizo sufrir un interrogatorio que debió ilustrarlo suficientemente.

—Entonces ¿ha dado el paso con conocimiento de causa?

—Efectivamente, se ha lanzado porque sabe á qué atenerse.

—Pues bien. Vamos á hablar de esto con tu padre, y desde luego te anuncio que quedará contentísimo. Lamentaba tanto que no te casases...

—No había peligro esperando. Ahora lo veis.

—Sí, pero no podíamos adivinar...

Por la noche, cuando Folentin se presentó en Beaumont, como prometido oficial de Rosa, se encontraba en extremo inquieto.

Después de haber pasado por un estado de satisfacción grande, pensando que había triunfado del marqués de Condottier, sufrió no pequeña intranquilidad preguntándose si no estaba en camino de hacer una gran tontería. A decir verdad, fué á la comida como un perro al que se obliga á zapatazos. A no ser por el Vicario gene-

ral, Folentin hubiese pretextado una fuerte jaqueca.

De habérsele acogido con entusiasmo, hubiera buscado una excusa para retirarse; pero encontró á los Prévinquieres un tanto fríos, á Mauricio algo hostil y á Rosa todo lo tranquila que una joven segura de sí misma puede mostrarse. En vez de ser agasajado, Folentin tuvo que hacer esfuerzos para conquistarse el favor de la familia. Llegó á dudar de que su pretensión fuera tan bien acogida como él había creído. Se le recibía sin ninguna familiaridad y casi con indiferencia. La altivez de Folentin se desvaneció. Se juzgó un niño ante Rosa, que le trataba como verdadera soberana, y se vió obligado á rendir pleitesía á la orgullosa joven.

Esta no tardó en darse cuenta de la situación y de la capitulación del adversario, aprovechándose inmediatamente de todo. En la mesa estuvo sentada á su lado y se condujo con una amabilidad deliciosa, no exenta de altivez, que ponía de manifiesto todo el valor de su benevolencia. Se había vestido con refinada elegancia, lo que la hacía aparecer más que encantadora á ojos de Folentin. Durante esta primera velada, Folentin se enamoró perdidamente. Aquel hombre calmoso se inflamó repentinamente, ansioso de aquella joven coqueta y adorable, que al mismo tiempo se negaba y se ofrecía irritando el capricho hasta convertirlo en pasión. Después de la

comida no se separó un instante de ella, embriagándose con el perfume de sus blanquísimos hombros y devorando con la mirada sus hermosos ojos, su linda boca y sus rubios cabellos. Parecía un colegial, que no se preocupara lo más mínimo para disimularlo.

Estaba, como más tarde lo confesó, «entusiasmadísimo», y le importaba muy poco cuanto pudiesen pensar ó decir. No se ocupaba más que de su propia satisfacción, y ésta consistía precisamente en olvidarlo todo por el amor de aquella encantadora criatura cuya posesión había llegado á entrever. Fué preciso que á las once le indicasen que había llegado el momento de retirarse. Por su gusto, hubiera permanecido en Beaumont indefinidamente. Sus hermosos caballos piafaban en el patio hacía una hora, soportando una lluvia fría y muy propensa á las enfermedades. Rosa le recordó entonces el peligro que las bestias corrían.

—Sí, me voy; tiene usted razón; es preciso que me vaya. Pero ¿me permitirá usted que vuelva mañana?

—Mañana y todos los días; es cosa convenida.

—Es cosa convenida, ¿no es cierto?—preguntó para hacerlo repetir otra vez, como si no estuviese bastante seguro.

—Sí—dijo Rosa mirándole imperiosamente.—A no ser, caballero, que me dé usted motivos de queja...

—No tengo más que un deseo—articuló Folentin.—Complacerla siempre, y le pido por favor que no lo dude.

Rosa cambió de actitud, y sonriendo amablemente dijo:

—No lo dudo.

Le tendió la mano, que él besó con entusiasmo, y saludando después con ceremoniosa cortesía se retiró.

Al siguiente día por la mañana, cuando Rosa iba á pasear á orillas del canal, pasó por el jardín de Valentín Raynaud en ocasión que éste salía de su casa. Se detuvo para saludar á la joven, y su asombro fué grande al decirle la señorita:

—Voy á darle una noticia que no quiero sepa por casualidad y de labios de cualquiera. Desde ayer soy la prometida del barón Folentin de Rocher.

Valentín se limitó á decir:

—Es un excelente partido. Le doy mi enhorabuena.

Rosa repuso:

—Sí, es un excelente partido, ¿verdad?

Valentín la miró con asombro.

—¿Me pregunta usted mi opinión?

—Sí, deseo conocerla, porque tengo una gran confianza en usted. Sé que profesa un gran afecto á los míos y que se interesa por mí...

Valentín palideció, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

—Si usted tuviese una mala opinión del barón Folentin de Rocher, estoy segura de que tendría la franqueza de decirlo, á fin de evitar que más tarde fuese desgraciada. ¿Me equivoco?

Valentín se vió obligado á contestar, y con voz que ahogaba las violentas impresiones experimentadas dijo:

—No; no se equivoca usted. Nada me es tan caro como su felicidad. Debo tanto agradecimiento á su familia que si me fuese preciso escoger entre...

No llegó á concluir. El final de la frase pareció á Rosa tan inesperado, y el tono con que había sido pronunciada tan singular, que fijó en él una mirada penetrante; pero Valentín había recobrado ya su sangre fría y repuso:

—Usted puede y podrá siempre contar conmigo. Con su familia tengo contraída una deuda de reconocimiento que nunca podré pagar.

—¿Qué? ¿Porque papá le puso al frente de su fábrica? Él es quien le debe á usted muchísimo. Así está de disgustado al ver que se va. No hable de su agradecimiento, hable tan solo de su afecto.

—Sí, de mi afecto más profundo—dijo con emoción—; porque cuando quedé huérfano, su padre me educó como si fuese su propio hijo. Crecí en su casa al lado de su hermano, dejando que me forjase la dulce ilusión de que no estaba solo en el mundo y de que tenía una fami-

lia que me quería. Esos son favores inestimables, porque el aislamiento es muy triste para un corazón de niño, y el abandono produce más tarde frutos muy amargos. Los años de mi juventud en que me sentía libre de penalidades y exento de ambiciones han sido los más dichosos de mi vida. Siempre los recordaré con alegría, y sea lo que fuere lo que el porvenir me reserve, su dulzura será un recuerdo contra los desencantos y las penas.

El rostro de Valentín, animado entonces, reflejaba los sentimientos expresados con tanto entusiasmo. Bruscamente había cambiado de actitud, y Rosa, con profunda sorpresa, no veía ante ella al subordinado de su padre. Era un hombre de rostro enérgico y ojos brillantes. Su cuerpo se había enderezado como si le hubiese hecho más alto el sentimiento de su independencia. Rosa no encontraba al Valentín Raynaud que tenía costumbre de ver y al que trataba con la familiaridad de un antiguo compañero de juegos y con la benevolencia de un subalterno útil. Eran iguales, y Rosa se daba perfecta cuenta de esa igualdad. Involuntariamente, en la imaginación de la joven se estableció la comparación entre aquel muchacho inteligente y robusto y los elegantes y superficiales jóvenes que ordinariamente trataba. El joven marqués de Condottier, enfundado en su frac que le hacía un talle de damisela, con los cabellos perfectamente alisados y peinados sobre la frente, se le apareció y le produjo el efecto de un maniquí rematado por una linda cabeza de peluquero. El recuerdo del mismo Folentin, fatuo amanerado y maniático. Sin embargo, eran los únicos hombres que ella había considerado buenos para maridos. Valentín Raynaud encarnaba precisamente la categoría de gentes miradas por la señorita Prévinquieres como inaceptables, porque la existencia á su lado hubiera sido de tranquilidad absoluta y de obscuridad dichosa. Pero en aquel momento Rosa se preguntó con repentina clarividencia si no se engañaba á sí misma, si sus juicios no eran falsos y si los hombres de vida esplendente y ruidosa no eran inferiores á los de labor productiva y pacienzuda energía. Las discusiones oídas durante tantos años entre su padre y su madre sobre la distinción de castas y el valor de los individuos se cristalizaron en un instante y sintió que se le oprimía el corazón al decirse: «¡Si me engañaré!» Respecto á este asunto de tanta gravedad para ella quiso oir los juicios que un hombre como Raynaud podía dar. Le juzgó bastante honrado y con la suficiente entereza para decirle la verdad, y se resolvió á interrogarle de nuevo. Reanudó la conversación en el punto que Valentín la había dejado, y avanzando lentamente por el paseo, le dijo:

—Hasta hoy no he conocido ni los desencantos, ni los pesares. Todos se han esforzado para ha-

cerme la vida agradable é igual, y todavía no he conocido más que satisfacciones. Tal vez esto sea malo, porque acaso no será siempre así. Desearía que mi vida continuase siendo lo que ha sido hasta aquí. Me parece que esto sería una felicidad.

Valentín movió la cabeza.

—¡Felicidad!—repitió.—Muy atrevido sería pretender dar una definición absoluta de esta palabra. No existe más felicidad que la que cada uno se labra por sí mismo. Lo que contenta á unos desesperaría á otros. En esto entra por mucho el temperamento, y sobre todo la inteligencia. Si usted no pide al barón Folentin más de lo que él le pueda dar, es posible que la haga muy feliz.

Imposible dar idea del desdén con que Valentín había pronunciado estas palabras. Estremecióse Rosa, sintiéndose lastimada en lo más profundo de su orgullo, y replicó vivamente:

—Soy lo bastante curiosa para desear saber cómo comprende usted la felicidad.

Valentín movió la cabeza y dijo sonriendo:

—Si usted quiere que le explique lo que es una máquina segadora, lo haré con mucho gusto. Es este mi oficio, y podré hablar sin miedo á decir tonterías. Pero pedirle á un pobre mecánico que desenvuelva teorías filosóficas, es jugarle una mala partida.

Rosa le miró, y con un gesto autoritario dijo:

—Sin embargo, es preciso que haga usted un esfuerzo. Ha suscitado usted dudas en mi espíritu, y es necesario que las disipe.

—¿Y si las aumento?

—Pronto lo veremos.

Sentóse en un banco, indicando á Valentín que hiciese lo mismo á su lado, y en tono despótico añadió:

—Vamos, empiece usted; le escucho.

—Pues bien—dijo Valentín con resolución.—Si tuviese que ocuparme de mi propia felicidad, elegida por mí, no hubiera sido de una de esas jovencitas todo candor, dulzura y obediencia. Yo habría querido asociar á mi vida á un ser lleno de voluntad y energía, aun cuando sus ideas no hubiesen sido semejantes á las mías. Hubiera experimentado un goce infinito haciéndole comprender lo que es razonable, lo que es bueno y formándole el espíritu con la experiencia misma de la vida. La hubiera querido hermosa porque el encanto de la mujer ilumina y vivifica el alma de su compañero, le empuja á grandes concepciones y le da fuerzas para darles forma nada más que por la gloria de triunfar ante ella. De haber encontrado esa mujer, la hubiera adorado y servido como á una soberana. Todo cuanto hubiese podido desear de maravilloso y extraordinario, hubiera encontrado en mí fuerzas bastantes para realizarlo. Para darle una satisfacción, para asegurarle un éxito, hubiera sido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

capaz de revolver el mundo. Hubiera querido escalar las más elevadas posiciones. La habría adorado con ciega adoración. Hubiera sido mi constante pensamiento, y á todas las horas de su existencia hubiese tenido la certidumbre de que solo trabajaba para que las demás mujeres la envidiasen.

Se detuvo un momento para tomar aliento, y con dolorosa expresión añadió:

—Pero ¿porqué me hace decir todo esto? No es más que un sueño; porque ¿dónde encontrar la mujer capaz de adivinar semejante amor? Para que tuviese idea de que existe sería preciso explicárselo. Y ¿cómo atreverse á hablar con tanto atrevimiento delante de ella? Yo le ruego que me perdone.

Rosa no contestó. Pensaba en el sentido misterioso que descubría en las palabras de Valentín. Eran una revelación para ella, y no podía equivocarse. Todo cuanto acababa de decir se refería á ella y á él. La mujer independiente y orgullosa cuya conquista debía ser un goce triunfante era ella. El hombre enérgico y apasionado que se sentía con fuerzas para revolver el mundo, y demostrar así su amor, era él. Así que, secretamente él la quería, la deseaba, y aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para decírselo. Rosa frunció el entrecejo, y dijo:

—Usted acaba de describirme muy minuciosamente lo que podría hacer la felicidad de un

hombre enamorado, de una mujer cuya posición social—si no he equivocado el sentido de su discurso—fuese muy superior á la suya.

—Muy superior—contestó humildemente Valentín.

—Acogerlo, ¿sería para ella una especie de descenso?

—En el presente momento, no se puede dudar. Sí, lo sería. Era necesario que ella tuviera el valor de resignarse, y esto es lo más difícil.

—¿Usted mismo se da cuenta de la dificultad?

—Como que á diario veo la inmensa distancia que separa la fortuna conquistada y la posición social adquirida de la riqueza en formación. Pero también sé que los que dan el asalto pueden apoderarse de la fortaleza y arrojar de ella á los que la poseen. Precario es el poderío de los que no son más que los herederos de la conquista. La grandeza y la fuerza verdaderas solo se encuentra en los mismos conquistadores.

—En el tiempo en que vivimos se llama advenedizos á los conquistadores.

—No pronuncie esa palabra con desprecio. Los advenedizos son los reyes del mundo. Toda la aristocracia del trabajo y del dinero, y es la única poderosa hoy, se compone de advenedizos. Éstos son los hijos predilectos de cada país, pues representan las fuerzas vivas. Evans, el archimillonario que está en mi casa, es un advenedizo, y todos los millonarios de América, que

forman la grandeza y la fuerza del Nuevo Continente, son advenedizos también. Yo creo que hoy no hay título que se pueda ostentar con más orgullo, pues significa que, habiendo salido de la nada, se ha llegado á todo.

—Sí, pero esas honradas gentes han vivido la mayor parte de su vida en los campos, en las fábricas, á bordo de barcos ó arrastrados de un extremo á otro de la tierra por trenes rapidísimos. ¿Cuál era la suerte de sus mujeres durante ese tiempo?

—Sus mujeres cuidaban de su casa y educaban á sus hijos, cosas que constituyen las funciones de las mujeres que verdaderamente lo son.

Las rubias pestañas de Rosa velaron un instante su mirada, y sonriendo con ironía dijo:

—Y las que no se conforman con ser amas de casa y nodrizas, ¿qué son, según usted?

Valentín contestó con rudeza:

—¡Oh! Esas son amables y encantadoras muñecas que pasan por la escena de la vida del mismo modo que las actrices cruzan los escenarios de los teatros con actitudes preparadas y lenguaje convenido. Tienen la cabeza vacía y el corazón seco. Su principal ocupación consiste en estrenar sombreros y trajes. Los hijos les sirven de molestia, y su marido no es más que un compañero de goces, ó un cajero encargado de pagar sus gastos...

Los ojos de Rosa se fijaron bruscamente en Valentín. No pudo contener un gesto de impaciencia y le interrumpió diciéndole:

—A fuerza de meternos en honduras hemos llegado mucho más lejos de lo que nos habíamos propuesto. Yo trataba de saber si mi resolución de casarme con el barón Folentin de Rocher era acertada.

—Me parece que no nos hemos ocupado de otra cosa.

Esta vez Rosa admiró su audacia y quiso empujarla hasta el último límite.

—Al principio me ha dicho usted que era un excelente partido.

—Lo es, y no me vuelvo atrás de lo dicho.

A su vez la miró con mucho detenimiento.

—Pero entendámonos—agregó.—Si es un compañero de goces y un proveedor de dinero lo que usted busca, no encontrará otro mejor. Pero si anhela un esposo en el que pueda fiar su porvenir sin temor á que se desvíe en las horas tristes, ó á que desfallezca en las graves, no me parece acertada la elección.

Rosa hizo un esfuerzo para reir y ocultar su turbación.

—Valentín, usted mira la vida por el lado más trágico...

—Es que en la vida son más las horas tristes que las alegres, y en el dolor es donde se aprecian los verdaderos afectos.

—Yo no veo con tintes tan sombríos el porvenir.

—Querer no es suficiente, es preciso poder, y usted no dirige el destino según su capricho.

Rosa levantó la cabeza sonriendo con orgullo.

—Hace un momento me hablaba usted de los hombres que se apoderan de la sociedad por su energía y valor. ¿No hay mujeres que son también conquistadoras, y que escalan las más altas posiciones? ¿No es una ambición noble y que sobrepasa á su concepción de mujer casera?

—Como usted dice, conozco mujeres que se han elevado por la poderosa fuerza de su talento ó de su genio. Esas son nobles excepciones que todo el mundo admira. Pero si no es más que por el prestigio del lujo, de la belleza, por lo que la mujer debe triunfar, es victoria bien triste y bien precaria. ¿Sueña usted en triunfos de vanidad? Pues entonces no vacile, tienda la mano á quien puede procurárselos, y cásese con el barón Folentin de Rocher.

Rosa se puso en pie. El tono de Valentín, sus ademanes, todo lo que su rostro expresaba, la había herido profundamente. Golpeó el suelo con el regatón de su sombrilla, y dijo:

—Le doy las gracias por su consejo. Creo que es bueno, y lo seguiré. Me casaré con el barón de Rocher.

Dedicóle una ligera inclinación de cabeza, y con paso tranquilo salió del jardín.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche la espléndida sala de los Campos Elíseos, con sus palcos llenos de espectadores en correctísimo frac, y las plateas en donde se hallaban reunidas las mujeres más elegantes de París, ofrecía un aspecto maravilloso. En el escenario los personajes del prólogo se agitaban con esa mímica petulante que caracteriza á los aficionados mundanos. Algunos miembros del Círculo se habían refugiado en los salones para respirar libremente. Los acordes de la orquesta, debilitados por la distancia, llegaban á ellos como un zumbido, y entre el humo de los cigarros, jóvenes y viejos hablaban tranquilamente.

—Nuestro amigo Condottier no está muy allá en su papel—dijo La Bréde.—Se empeña en representar papeles cómicos y ninguno encaja en sus facultades.